

LA LEYENDA DEL WISSAHIKON



**Traducción:
The Priest of the Wissahikon**



INTRODUCCIÓN

Voy a incluir aquí un pedazo de historia moderna, que es conocido por muy pocas personas, aunque su repercusión tuvo alcance planetario. Esto nos puede alertar de lo poco y mal que conocemos la auténtica historia de la humanidad.

Se nos ha contado con relación a este relato final que, en el lado invisible al ojo humano, estuvieron presentes, en aquel entonces, *La Diosa de la Libertad y el Amado Maestro Ascendido Saint Germain*. Y se rumorea que los tres protagonistas de la familia, eran *Seres venidos de Estrellas distantes*, que se adelantaron en el tiempo, para prestar ya una colaboración que ayudaba a iniciar la entrada a la Nueva Era.

Para quienes lo ignoren, la *Diosa de la Libertad* está representada en una discreta y poco visitada estatua, situada en una isleta en el centro del río Sena, en París. *Desde allí vela por Francia*.

Se ha oído decir que Francia y los Estados Unidos tienen una vinculación especial, similar a la de los Rayos Gemelos. No es de extrañar que el pueblo francés, por suscripción popular, haya regalado a los Estados Unidos de América una réplica de la misma, en tamaño gigante.

Desde esa réplica, el verdadero ser a quien representa, o sea, *La Diosa de la Libertad*, protege e ilumina a este país, a la par que expande su energía liberadora a través del Océano Atlántico, *llegando en línea recta hasta los países europeos*. El nuestro, por ejemplo... y por supuesto, también Francia, el

país de la “*Liberté*”.

Me ha cautivado siempre el mar, especialmente su línea del horizonte, promesa de otras cosas presentidas y de otros anhelados horizontes...también me ha cautivado esa leyenda, y tengo la suerte de estar casi en línea directa frente a Nueva York, océano por medio, de donde, indudablemente, recibimos abundantes bendiciones. Creo que debe ser difundido todo ello.

De esa historia he tomado el nombre literario o seudónimo con el que escribo estos Puntos de Referencia. (Sepa disculparme el buen sacerdote por apropiarme de su cariñoso mote).

Puedan la Diosa de la Libertad y el Amado Saint Germain potenciar la utilidad de esta entera publicación en bien de todos, expresándose prontamente en una liberación total para toda vida.

Paul the Priest of the Wissahikon



GEORGE WASHINGTON

LA LEYENDA DEL WISSAHIKON

Tomada de Blade y Ledger

(La leyenda original de la que fue tomada se encuentra en la Librería del Congreso en Washington, D.C.)

Cerca de Filadelfia, en las riberas del majestuoso río Wissahikon, hubo una vez un monasterio protestante donde vivía una Hermandad de Caballeros que habían abandonado Europa, y habían construido su hogar en un paraje solitario, donde poder adorar a Dios, a su modo, lejos de las cortes de los Reyes. Se los conocía como *los ascetas*.

Retirado como a una milla del vetusto monasterio, vivía un hombre que, por creencias, pertenecía a la Hermandad, aunque no estaba con ella porque había traído consigo, al Nuevo Mundo, a su pequeño hijo y a su hijita todavía bebé.

Él era un Noble de fortuna y posición, cuyas creencias religiosas no fueron toleradas por protestantes ni católicos, en Europa. Había vivido paciente y tranquilamente en el Viejo Mundo, obrando con corrección y sirviendo fielmente a su rey, hasta el fallecimiento de su bienamada esposa.

Después, donó su castillo, sus bienes, su título y muchas de sus posesiones en tres de los países de Europa, y desapareció a través del mar con su hijo pequeño y su hijita bebé, para formar su nuevo hogar en un viejo fortín de la floresta del Wissahikon. Allí vivió y estudió el Libro de las Revelaciones durante diecisiete años.

Mientras tanto, su pequeño hijo se transformó en un noble joven, que participaba de cada una de las esperanzas y creencias de su padre, y su hijita se convirtió en una casta doncella, hermosa más allá de toda descripción, con

cabellos que no caían en rizos ni bucles, sino con suave y ondulante abundancia sobre sus hombros.

Se cuenta que, cuando comenzaban a caer las sombras del anochecer, el día de Nochevieja del año 1773, pudo verse a la pequeña familia tomada del brazo, caminando a lo largo de las orillas del Wissahikon, por debajo de las ramas de los árboles, que se inclinaban bajo el peso de la nieve. El padre, que ya era conocido y venerado como *el Sacerdote del Wissahikon*, llevaba una capa de terciopelo con una cruz de plata suspendida de un cordón, que colgaba de su cuello. La joven, con aire de adoración en el semblante, escuchaba, sin poner en duda, la conversación entre su padre y hermano, en los ojos de los cuales brillaba la luz de la inmortalidad.

Durante diecisiete años consecutivos el venerable varón había estudiado las Revelaciones, y una vez más, aquel día, repitió lo que había afirmado muchas veces antes, como resultado de sus años de investigación:

“El Viejo Mundo”, dijo él, “está sumido en toda clase de delitos, tal como ocurrió antes del Diluvio; el Nuevo Mundo se le ofrece ahora al hombre como un refugio, tal como lo fue el Arca, dada a Noé y su familia”.

“El Nuevo Mundo es el último altar posible para la libertad humana, disponible sobre la superficie de la Tierra. Nunca profanarán su suelo las pisadas de los reyes. Es la última esperanza del hombre. Dios se ha expresado y así será. Amén.”

Fue la joven quien apremió retornar al hogar, y fue ella quien buscó calor y protección, por amor a sus seres queridos, corriendo las cortinas de las ventanas de la sala de estar, para aislarlos del lúgubre bosque y entrante noche. Fue la joven quien intentó alegrar los ánimos del pequeño grupo, para aligerar la tristeza de su padre y hermano, y para distraerlos de los tristes pensamientos que se derivaban de la pesada investigación.

Esa noche lo intentó en vano. Ella sabía, además, que los

cazadores de paso podrían oír el sonido de las plegarias, en la noche avanzada, y podrían ver las luces de la Capilla, que extendían su rastro sobre la nieve, hasta la llegada del alba.

Llegó la hora de separarse, esa noche, y padre e hijo dieron las buenas noches a la doncella, antes de salir juntos hacia la Capilla, donde ya estaban ardiendo sobre el blanco altar dos grandes velas. Ésta era una cámara circular forrada con paneles de roble. Entre ambas velas del altar se hallaba una *fina jarra de plata, una corona de fresco laurel recogido en las colinas del Wissahikon, y una Biblia encuadernada en terciopelo, con broches de oro*. Detrás del altar se encontraba una cruz de hierro. El Sacerdote del Wissahikon fue el primero en romper el silencio. Dijo él:

“A la hora tercera después de medianoche, ¡vendrá el libertador!”

Posteriormente, mientras se encontraba meditando el joven, volvió a repetir el padre:

“Esta noche él vendrá. A la hora tercera después de medianoche vendrá a través de aquella puerta, y asumirá su gran misión de liberar al Nuevo Mundo del yugo de los tiranos. Todo está a punto para su llegada.

¡Observa la corona, la jarra con el aceite de ungir, la Biblia y la cruz!”.

Las horas pasaban. El muchacho se arrodilló para rezar, mientras el padre paseaba la Capilla de arriba abajo, esperando hasta que el reloj del gran hall dio las doce, y alboreó el Año Nuevo. Entonces se levantó el muchacho, y cortésmente, intentó preparar a su padre contra una decepción. Quizá ellos estuviesen equivocados creyendo que la hora del Libertador hubiese llegado.

“¡A la hora tercera después de medianoche vendrá el Libertador!”

Fue la respuesta del padre.

El muchacho retornó a sus rezos y el Sacerdote del

Wissahikon continuó su solitaria vigilancia, mientras el reloj dio la una, las dos y finalmente las tres. Justo entonces se oyeron pasos en el hall, y un desconocido de elevada estatura e imponente porte cruzó la puerta de la Capilla y pronunció estas palabras:

“Amigos, me he perdido en el bosque.

¿Podrías orientarme hacia el camino correcto?

Contestó el Sacerdote del Wissahikon: *“Vos habéis encontrado el camino del servicio y de la gloria inmortal”.*

Sorprendido por estas palabras el desconocido dio un paso adelante para ver si era objeto de burla, pero el Sacerdote del Wissahikon le interrogó rápidamente:

¿Venís de la ciudad? Sí.

¿Cuál es la pena de vuestro corazón; no es el bienestar de vuestro país? Sí.

¿No os preocupa el derecho de los súbditos para levantar las manos contra sus reyes? Sí.

Entonces, dijo el Sacerdote del Wissahikon al asombrado desconocido:

“Vos estáis llamado a realizar una gran tarea. Arrodillaos ante este altar, y aquí, en el corazón de estos agrestes bosques, ¡yo os ungiré como el Libertador de esta gran tierra!”.

Inmediatamente, este desconocido sin par, ante quien posteriormente inclinarían sus cabezas miles de almas, se arrodilló delante del blanco altar en el vetusto fortín, y colocó sus manos sobre la Biblia.

Entonces, así lo cuenta la leyenda, fueron pronunciadas estas palabras por los labios del Sacerdote del Wissahikon:

“¡Vos estáis llamado a realizar un gran trabajo como Paladín y Libertador! ¡Pronto cabalgaréis hacia la batalla, a la cabeza de legiones; pronto guiaréis a un pueblo hacia la libertad; pronto vuestra espada relucirá como un meteoro sobre las filas de la guerra!”.

Las luces de las velas proyectaban sus sombras sobre la

pared; brillaba la cruz de plata del Sacerdote del Wissahikon; el paño del blanco altar ondeaba al viento que entraba por la puerta exterior; los árboles gemían en el exterior, mientras el Sacerdote, tal como lo cuenta la historia, continuó de este modo:

¿Prometéis que cuando llegue el señalado momento estaréis preparado, espada en mano, para luchar por vuestro país y por vuestro Dios?

Solemnemente se oyó la respuesta,

“Lo prometo”.

¿Prometéis que en las horas de gloria, cuando una nación se incline ante vos, -lo mismo que cuando observéis a vuestros soldados hambrientos de pan- recordaréis estas palabras como norma de conducta: SOY TAN SOLO UN SERVIDOR DE DIOS EN LA TAREA DE LIBERAR A UNA NACIÓN?

Claramente, firmemente, se oyó la respuesta,

“¡Lo prometo!”

“Entonces, en Su Nombre, que dio el Nuevo Mundo a millones de seres de la raza humana como el último altar de sus derechos, ¡YO OS CONSAGRO SU LIBERTADOR!”.

El Sacerdote del Wissahikon mojó sus dedos en el aceite de unguento y trazó la señal de la cruz sobre la frente del desconocido. Y cuando estaba a punto de colocar la corona de laurel sobre su cabeza, después de haber pronunciado las siguientes palabras: *“Cuando se aproxime la hora avanza hacia la victoria. Sobre tu frente nunca ciñas roja sangre de conquistador, sino esta corona de inmarchitable laurel”*, apareció la doncella, su hija, quien tomando la corona coronó al desconocido.

Ella, incapaz de dormir, se había puesto precipitadamente una túnica blanca y una capa oscura, y había bajado a la Capilla, habiendo observado la escena sin ser vista, hasta que tomó la corona de laurel de las manos de su padre. Temiendo haber sido atrevida, la joven inclinó su cabeza, pero su padre sonrió.

“Está bien”, dijo él, ¿de quien podría recibir mejor su corona de laurel el Libertador de una nación, sino de las manos de una inmaculada doncella?”.

Entonces habló el joven: *“Levantaos Paladín del pueblo. Levantaos Señor, y aceptad esta espada que nunca antes fue dada a hombre alguno. No conozco vuestro nombre, no obstante sobre esta Biblia os juro fidelidad incluso hasta la muerte”.* A continuación, Pablo, porque ese era su nombre, ciñó la espada al costado del desconocido.

Cuando finalizó la ceremonia, el desconocido permaneció en la Capilla con imponente fortaleza y majestad, y dijo estas palabras finales:

“De ti, venerable varón, tomo el voto. De ti casta doncella, tomo el laurel. Y de ti bravo amigo, tomo la espada. ¡Sobre esta Biblia juro ser fiel a todos!”

Un momento más tarde el desconocido desapareció en medio de las espesuras del Wissahikon, y el sonido de sus pisadas en retirada se mezcló con el gemido del viento. Era la noche de la Víspera del año 1774.

Durante las más obscuras horas de la Revolución Americana, el fortín fue quemado (por las tropas inglesas); y mientras todavía se elevaba al cielo el humo del destruido hogar, tres benditos seres dormían en sus tumbas junto al río Wissahikon. -Uno era un venerable caballero; otro era un valiente muchacho; y la otra era una casta doncella de abundante cabellera dorada; que pagaron con su vida el servicio prestado a la gran nación Americana-.

Años más tarde, cuando América ya era una nación, y George Washington su presidente, de nuevo se acercó el desconocido de noble presencia a las orillas del Wissahikon, buscando el fortín y a los tres que lo habían enviado a su misión, aquella Víspera del Año Nuevo de 1774. En su lugar encontró el destruido fortín y las tumbas...

Esa noche, durante la brillante fiesta dada en la ciudad de Filadelfia, hubo muchos que se preguntaron por qué, en el

momento en que una nación se inclinaba ante él, el Padre de nuestro país estaba triste y pensativo, e inclinaba su cabeza como si rememorase con pena la visión de una casta doncella de abundante cabello dorado cantando la canción del Wissahikon...

FIN DE LA LEYENDA